

Sólo son pecados, muñeca

En la puerta de mi despacho hay una serigrafía que dice: *Richard Thornill, detective privado*. Y como tal estoy dispuesto a recibir un tiro por mi cliente – siempre que no sea letal, en cuyo caso prefiero que lo reciba el propio cliente – pero todo tiene un precio: en mi caso son doscientos dólares a la hora. Por desgracia a finales de febrero del 41 mis arcas andaban más bien escasas y necesitaba un trabajo para pagar el alquiler del despacho y saldar algunas deudas de juego, en concreto ciento catorce. Así pues, cuando la puerta de mi oficina se abrió y una silueta femenina se dibujó bajo el marco, mi sexto sentido me susurró que los problemas estaban a punto de acabar. Y de empezar, yo me entiendo.

Se llamaba Kathy Sinclair, melena rubia, traje negro y tacones como zancos.

– Necesito que encuentre y arreste a unas personas, señor Thornill – sacó una pitillera plateada y se colocó un cigarrillo en sus exuberantes labios color burdeos.

– Llámame Rick – rasgué una cerilla y se lo prendí con galantería. Luego olvidé apagarla y me quemé la yema de los dedos. Mantuve la pose férrea conteniendo las lágrimas del dolor que empezaban a manar -. ¿Y a quién se supone que debo enchironar, preciosa?

– A Los Siete Pecados Capiales. Habrá oído hablar de ellos, ¿verdad?

Me recliné en mi butaca y sonreí haciéndome el interesante.

– Sé leer los periódicos, cariño. Una banda criminal de la peor calaña, de esa clase que si la ves de frente te cruzas de acera. Han cometido todo tipo de delitos: atracos, asesinatos, sobornos, saqueos... Puede que no paguen ni el parquímetro.

– No lo hacen, créame. Son una organización peligrosa y sólo pervierten al ser humano. Represento a un importante empresario con grandes intereses en la ciudad...

– Y esos tipos le están comiendo la tostada, lo pillo. ¿Quién es el Gran Líder?

– Prefiere mantenerse en el anonimato. ¿Eso es un problema?

– No mientras suelte la gallina, porque ya advierto que pescar a esa gente no le va a salir barato. Coger a un “pecado capital” es un tema espinoso, meter entre barrotes a siete viciosos será una gesta olímpica digna de ser narrada por un juglar – y crucé las piernas sobre la mesa.

– Descuide, el dinero no es problema para él... – se levantó y se colocó a mi espalda – Usted cumpla con su trabajo y será muy bien recompensado... Rick.

Me mordió la oreja de modo sensual y sentí cómo se me disparaban los tirantes. Acto seguido catapultó sus curvas topográficas a la puerta de salida. Me quedé mirándola unos segundos confiando en que ella misma se diese cuenta de que se había metido en el armario ropero. Lo hizo. Quince segundos después, aquella ondulante cabellera desapareció de mi vista. Yo me serví un trago de bourbon barato y me puse a pensar en la manera de dar caza a esa pandilla de pecadores. Y con esa misión, me quedé dormido como una familia de marmotas.

Mi red de confites callejeros me puso sobre la primera pista: el restaurante de *Xio Homsai*. Se trata de un antro famoso por su gigantesco buffet libre, sólo apto para comensales bovinos y con no menos de tres estómagos. El caso es que según averigüé por ahí solía parar a comer el señor Gula.

Entré en el local y me senté en una mesa apartada de la esquina. No había tocado aún mi ración de pan de gambas, cuando él hizo aparición. El Señor Gula tenía fama de ser un despiadado sicario, así como de poseer la forma redondeada del planeta Júpiter. No me sorprendió que cogiese dos bandejas que iba llenando sistemáticamente de comida de todo tipo. Supuse que sus índices de colesterol tendrían la gráfica de catorce infartos.

Se acomodó en la barra y empezó a engullir con la voracidad de un *Tiranosaurio Rex*. Parapetado tras un cuenco de *ramen* – o tal vez era una maceta de *ramen* - me fui acercando a su ubicación y esperé a que terminase su orgía gastronómica. Pese a sus ciento treinta y seis kilos, era un tío escurridizo, por lo que me tomé mi tiempo. Cuando se levantó a la sección de postres, salté sobre él de manera felina, con tan mala fortuna que se me cruzó un camarero y mandé una ración de Pollo Kung Pao sobre la cabeza de varios clientes orientales. El Señor Gula emprendió la huida y yo salí tras él siendo insultado en mandarín.

A los seis metros de no muy vibrante persecución me lo encontré apoyado en un buzón de correos y resollando como un búfalo herido. No mostró resistencia al colocarle las esposas.

– No debí pedir el menú familiar – se lamentó.

– Ya lo creo que no debiste, escoria.

Tras un interrogatorio en comisaria a base de pasear por sus narices una ración de chili con carne, conseguí que me diese el paradero de otro miembro del clan: la Señorita Pereza. Una codiciada pistolera que pasaba veintidós horas al día en la cama. El señor Gula pasó a disposición judicial y a indisposición intestinal.

Di con la Señorita Pereza en un pequeño motel de las afueras de Burbank. Me hice pasar por un miembro del servicio de habitaciones y cuando llamé a su puerta, obtuve la siguiente respuesta:

– Uf, no me apetece abrir. Deje lo que traiga en la puerta y lárguese.

Pero lo que traía se llamaba “justicia”, y no podía dejarla como si nada en el felpudo. Cogí carrerilla y golpeé la puerta de una patada. El único sonido audible fue el de mi menisco quebrarse en varios puntos. Mi grito pudo ser escuchado a kilómetros de distancia. Saqué mi 38 de la funda y acribillé el picaporte. Entré con decisión, pegando una voltereta y dando con mi otro menisco en la esquina del aparador. Aguanté el dolor mordiéndome el puño mientras con la mano libre encañonaba a la Señorita Pereza por la espalda.

Ella estaba intentando escapar por la ventana, pero el simple esfuerzo de subir la persiana le causó un sopor cercano a la narcolepsia. Me miró entre bostezos y me dijo:

– ¿Me puedes arrestar en diez minutos? Necesito echar una cabezada.

Dicho y hecho. Ya iban dos en la sombra. La suerte parecía estar de mi lado y pude sentir ya el aroma de los billetes en mi pituitaria. Aún así todavía quedaba mucha basura que barrer. Lo que me llevó al siguiente en la lista: el Señor Lujuria, un notorio ladrón de bancos y socio mayoritario de la revista *Penthouse*. Uno de mis soplones vagabundos me dijo que había montado una timba de strip-póker en la barra americana *Placer Carnal* y supe que ahí tenía mi gran oportunidad. Si acaso la única.

Conseguí una plaza en la mesa de juego untando al croupier con dos entradas para el béisbol. Confié en que no las mirase hasta que me hubiese ido: eran dos

cupones de descuento para una barbería en Chinatown. Frente a mí estaba el Señor Lujuria, comparando groseramente las virtudes corpóreas de la camarera con un mostrador de fruta. Lo que trajo consigo una sonora bofetada que mandó su diente de oro a la otra punta del local.

Soy un reconocido jugador de naipes y sabía que mi baza estaba en desnudarle literalmente para evitar su fuga. Dos horas después lo único que yo llevaba puesto era el reloj de pulsera mientras que el Señor Lujuria ordenaba mi ropa por colores en su sitio. En la última jugada tenía que hacerle morder el anzuelo, así que decidí apostar todo y añadí al envite un baile privado con la camarera. Piqué su curiosidad. También molesté a la camarera que me propinó una colleja de tal calibre que me cambió de asiento. Aún así aceptó ser parte de la apuesta. Necesitaba pagar sus clases de interpretación. Pobre ilusa...

- Póker de nueves - dijo el Señor Lujuria tirando victorioso sus cartas al tapete verde de la mesa.

Sonrió de manera libidinosa a la camarera, pero no contaba con mi escalera de color al as. Yo tampoco, si soy sincero. Al no haber una carta igual creí no tener nada. El Señor Lujuria vio truncadas sus ansias de un *strip dance* y volcó la mesa sobre mí presto para la huida, haciendo volar mis calcetines y mi camisa. Pero en su camino se cruzó con dos bailarinas que hacían acrobacias circenses en una barra de tubo y se frenó en seco a babear. El tiempo justo para que le presentase a mis nudillos y le abatiese. En pleno subidón metí a las chicas un par de billetes en su tanga logrando así unos mimos subidos de tono. Luego salí corriendo antes de que descubriesen que eran otros dos cupones para la barbería de Chinatown. Llevé al Señor Lujuria a comisaría donde me hicieron saber que yo aún iba desnudo. No me importó: la ley no se viste con nadie, dije. Me multaron por escándalo público, pese a todo.

Llegó el momento de hacer frente a las gemelas Avaricia y Envidia. Dos rateras de mucho cuidado. Eran conocidas en el sector del crimen por su gran capacidad para agenciarse con todo lo ajeno. No sólo dinero, si les gustaba tu coche, tu casa o incluso los pantalones que llevabas, eras el centro de su diana delictiva. Pero también se rumoreaba que entre ellas había conflicto fraternal: una deseaba robar y la otra deseaba robar lo que la otra robaba. Un círculo vicioso que me podría resultar de gran ayuda.

Mi confidente del aeropuerto me hizo saber que últimamente operaban allí. Cogí un taxi a toda velocidad y salté en marcha antes de tener que pagar la carrera.

Atisbé a la señorita Avaricia en una de las cintas mecánicas de maletas. Se paseaba haciéndose la despistada mientras empujaba un carrito, al que su hermana iba colocando equipajes anónimos que cogía aleatoriamente. Compré un baúl en la tienda y le coloqué hábilmente una enorme pegatina que decía: "Cuidado, contiene diamantes no falsos". Era cierto que mi estrategia no ganaría un Concurso de Sutilezas, pero debía llamar su atención. Aquel baúl era un brillante trofeo al que esas dos urracas no podrían resistirse.

Me coloqué en su campo de visión y enseguida cayeron en mi red. Fingí abandonar temporalmente mis pertenencias entrando en el servicio de caballeros, pero me quedé vigilante con la espalda pegada en la puerta. Ellas se aproximaron lentamente y cogieron a la vez el codiciado baúl. Explotó entonces su sabida controversia.

– Es mío, hermanita, ¡no seas egoísta! ¡Suéltalo!

– ¡Yo lo vi primero, rata envidiosa! ¡Suéltalo tú!

Fui a salir cuando la tobera del secamanos se activó y me succionó la corbata. Forcejeé contra el mecanismo y logré zafarme antes de ser estrangulado de la manera más tonta. Y ahí estaban ellas, enfrentadas como dos cabras montesas en un cerro, por ver quien era más ladrona que la otra. En un último aspaviento el baúl se abrió de golpe.

– ¿Qué es esto? ¡Pero si no hay nada aquí dentro! – protestó una de ellas.

– Te equivocas, nena, ahí está la recompensa que me van a dar por vosotras – solté antes de que un coreano saliese del servicio secándose las manos con mi corbata.

El Señor Ira era la bomba de relojería de los crímenes. Tan pronto saqueaba un furgón blindado vaciando su metralleta como se liaba a guantazos a la salida de un cine si el final de la película no le había satisfecho. Era imprevisible y aleatorio. Pero también era un boxeador aficionado que se partía la cara por dinero en los antiguos muelles.

Fui allí para ofrecerme voluntario a un combate y detenerle en el cuadrilátero. Sin embargo, siendo el Señor Ira un mastodonte con unos bíceps del

diámetro de una sandía, opté por meter en mis guantes varias herraduras a fin de tumbarle con total seguridad.

La gente jaleaba alrededor del ring improvisado mientras las apuestas subían hasta 100 a 1 contra mí. Incluso yo aposté a eso. El duelo con el criminal empezó tras la campana. Bailé un poco alrededor de esa mole y lancé un preciso directo a su mandíbula. Pero fallé y mi guante, cargado de metales pesados, salió volando hasta noquear a un estibador a muchos metros. El Señor Ira pegó entonces un rugido más parecido al de un oso pardo que al de un ser humano, y empezó a deleitarse con mis costillas durante muchos minutos.

Estaba ya al borde del desmayo viendo mi vida pasar a modo de moviola cuando hubo una redada policial. Todos empezaron a correr de un lado a otro y aproveché el caos generado para sacar mi último aliento de fuerza, coger mi taburete y partírselo en la espalda. El Señor Ira se desplomó en la lona. Pedí a los muchachos de la placa que lo llevaran a la sombra, yo debía ir al hospital a que me recolocasen el páncreas en su sitio.

A la mañana siguiente, ya reparado, me dediqué a preguntar por las cloacas de la ciudad en busca de la Señora Soberbia, pero nadie parecía tener respuestas concluyentes y sí muchas conjeturas. Sólo saqué que tuvo una acalorada discusión con la banda y que desapareció del mapa como el tejado de un granero tras un ciclón. Aquello me frustró de manera que sólo podía comprender un diabético ante el escaparate de una pastelería. Esa noche me fui al despacho. Destapé una botella de bourbon barato y me serví una tanda de tragos. En el último pude ver a través del cristal la borrosa figura de alguien. Era la señorita Sinclair.

- Veo que está cumpliendo con su palabra, Rick. El jefe está contento.
- Ahórrate las alabanzas, aún me queda un escollo. Y no doy con él ni a tiros.
- ¿Él? Ya veo. Tal vez esto le haga encajar las piezas.

Sacó de su bolso un 45 y lo apuntó a mi entrecejo. Mi zona más vulnerable.

- Vaya, vaya, vaya, así que tú eres la Señora Soberbia, ¿eh? Algo me decía que dentro de ese vestido ceñido no había trigo limpio. Por eso viniste a mí, para que te quitase de en medio a todo el clan de los Pecados Capitales sin mancharte las manos. Muy hábil.

- No sólo soy una rubia egoísta, vanidosa y arrogante, también tengo mi cerebro.

–No hay duda. Pero hay algo que no entiendo: tú eres el Pecado Original, creaste esta organización, todos comían de tu mano... ¿Por qué deshacerte de ellos?

– Te lo he dicho: tengo mi orgullo. Cada vez cometían más crímenes y cada vez tenían más fama, no podía soportarlo. Para alguien como yo, no basta con tirar de los hilos, quieres pisar el escenario de vez en cuando y recibir los aplausos, ser la portada de la revista, lamer las mieles del éxito, vacilar de tus logros, demostrar que eres algo más que un cuerpo capaz de dar placer sexual durante horas....

– Que sí, que lo he captado... Perdona, ¿de cuántas horas estamos hablando?

– Y ahora, gracias a ti, seré la protagonista absoluta. Y tú, un recuadro en las necrológicas de la prensa local.

Acarició el gatillo dispuesta a apretarlo, pero gracias a mi destreza, logré lanzarle el vaso a la muñeca para desarmarla, y justo después salté por encima de la mesa grácilmente y la reduje haciendo que sus carnosos labios color burdeos besasen el frío suelo. Ella me imploró que no la entregase. Yo le respondí:

– Mira, ahora mismo me generas ira a raudales, pero también lujuria, no te voy a mentir. Me da pereza tener que llevarte a comisaría a estas horas de la noche y me da envidia la gente que está durmiendo sin preocupaciones y en una cama. Llámame avaricioso pero mi gula por la rectitud laboral es infinita. Porque cuando alguien me contrata para un trabajo, muñeca, siempre lo termino...

Ella me besó. Casi volví a caer en su trampa. Qué mala es la soberbia, pensé.